

¡Qué pena!



“Aquí con los compas curando la cruda”. Así se titula la foto en Facebook de varios muchachos sonrientes, luciéndose con sus cigarrillos y cervezas. Se publican seductores selfis con cada vez menos ropa. Otros tuitean o presumen en Tinder su última conquista. Y todo eso sin mencionar el sexteo, los videos de los músicos, las películas, las groserías, etcétera, que nos llevan a preguntarnos: ¿cómo es posible que se publique el pecado como si nada? ¿No deberíamos avergonzarnos del pecado?

Quizás el concepto común del pecado se ha deteriorado tanto que ni se sabe lo que es y lo que no es pecado. O peor aún, puede que se trate de la condición que se describe en Romanos 1.32, donde dice que hay personas que derivan placer del pecado de otros, practican el pecado ellos mismos y no temen el juicio de Dios.

Pero la Biblia dice que “vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto”, Efesios 5.12. ¿Cuánto más publicarlo en las redes sociales? Tal vez usted nunca haya publicado su pecado en Internet, pero ¿cómo percibe su propio pecado? ¿Le avergüenza? ¿Le es indiferente? ¿Se siente orgulloso?

Dios pregunta: “¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza; por tanto, caerán entre los que caigan; cuando los castigue caerán, dice Jehová”, Jeremías 6.15.

¡Cuidado! Hay juicio para los que “no saben tener vergüenza”. Jesucristo advirtió de una actitud de indiferencia: “Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”, Lucas 13.3. Arrepentirse es cambiar la manera de pensar acerca del pecado de uno. En vez de estar orgulloso o ser indiferente, es aborrecer el pecado y avergonzarse.

En la Biblia leemos de Esdras, que tenía la percepción correcta sobre el pecado. “Dije: Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo”, Esdras 9.6.

Sin embargo, la vergüenza del pecador no salva, sino la del Señor Jesucristo. Él no tenía de qué avergonzarse porque nunca pecó, ni podía pecar, pero sufrió la vergüenza de la cruz. Al Señor Jesucristo le escupieron en la cara, lo menospreciaron y lo escarnecieron,

lo azotaron, se burlaron de Él, lo coronaron con espinas y le golpearon la cabeza. Luego le pusieron encima la cruz y lo llevaron hasta las afueras, donde lo desnudaron antes de clavarle las manos y los pies a la cruz.

Bien dijo el profeta acerca de Jesucristo: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos”, Isaías 53.3. Pero Jesucristo estuvo dispuesto a sufrir la vergüenza de la muerte en una cruz para salvar al pecador sin vergüenza (Hebreos 12.2). ¡Crea en Jesucristo hoy para su salvación!

Jasón Wahls



Publicaciones Pescadores
www.publicacionespescadores.com